

ESPÍRITU LIBRE*

Robert Darnton

En este artículo, publicado cuando apareció *El Sentido de la Realidad* (1997), un par de meses antes de que falleciera Isaiah Berlin, Robert Darnton se pregunta por qué los ensayos allí reunidos, piezas ocasionales escritas por Berlin hace tiempo, mantendrían hoy su fuerza. El autor responde aludiendo a las virtudes intelectuales y personales de Berlin que permean toda su obra. Entre los temas explorados en *El Sentido de la Realidad*, Darnton se detiene en la defensa que hace Berlin de la “libertad negativa”, en su advertencia contra las variantes absolutas del racionalismo y contra el monismo (la doctrina de que todo puede ser explicado por un solo principio), y en su idea de que sostenemos valores recíprocamente incompatibles y que los conflictos entre esos valores no pueden ser resueltos recurriendo a alguna escala de patrones éticos o a alguna racionalidad inherente a la naturaleza de las cosas. De “El Sentido de la Realidad”, ensayo que da título al volumen completo, Darnton co-

ROBERT DARNTON. Profesor de Historia en la Universidad de Princeton, especialista en historia de la temprana modernidad francesa.

* “Free Spirit”, publicado por *The New York Review of Books*, 26 de junio de 1997. Su reproducción en esta edición cuenta con la autorización de The New York Review of Books ©, 1977, NYRV, Inc. Traducción al castellano de Patricio Tapia Pezo.

menta la proposición de Berlin de que por debajo de los fenómenos corrientes de la vida pública existe un sustrato, o “plano inferior de la realidad”, que suele ser percibido mejor por aquellos que tienen un agudo sentido de lo particular, lo concreto y lo inefable, esto es, novelistas, historiadores y estadistas. Pero el sentido de la realidad de Berlin, sostiene el autor, no conduce al relativismo, ya que para Berlin los hechos son hechos, a pesar de que ellos no puedan ser claramente distinguidos de la interpretación. Según Darnton, quizás éste es el Berlin que tenga más cosas que decir a los lectores de hoy.

De todas las artes perdidas —los vitrales de Chartres, la porcelana de Delft, la tinta de Gutenberg, el sistema renacentista de la memoria, el canto de los castrati, la pronunciación de los antiguos romanos, la poesía de los minnesingers, los manuscritos adornados, las tapicerías de los gobelinos, el verdadero tenis, la vieja cerveza amarga, la épica oral, los ahorcamientos públicos, la caligrafía, la maternidad, el *savoir faire* y el *dolce far niente*— la más lamentada es el arte de la conversación. ¿Dónde está hoy el déspota de los desayunos? ¿Dónde los narradores de anécdotas de sobremesa? ¿Y los leones del salón? ¿Y los filósofos que se pasean por los jardines ordenando el mundo a través de la plática?

Afortunadamente *sir* Isaiah Berlin, el último de la estirpe y quizá el más grande de todos, aún puede ser oído en Oxford. Goza de una reputación de conversador sin par. La excelencia y alcance de su agudeza ha deleitado por décadas a estudiantes y comensales. Una vez acostumbrados al marcado acento de su voz de bajo profundo, han aprendido a verle como si fuera un artista del trapecio, sobrevolando todo tema imaginable, girando, dando saltos mortales, sosteniéndose de los talones —y todo ello sin un vestigio de teatralidad. Después de saltar desde la red, Berlin a veces se agita levemente y golpea su mano izquierda con la derecha, como si estuviera aplaudiendo, no a sí mismo, sino a la diversión, al puro placer de la charla.

¿Hubo alguna vez en el pasado un conversador semejante? Sí: Diderot. Aquí está él hablando, según la descripción de uno de sus camaradas:

La conversación de Diderot [...] tenía gran fuerza y encanto. Su plática estaba animada por una sinceridad absoluta, sutil sin ser obscura, variada en sus formas, deslumbrante en sus vuelos de imaginación, fértil en ideas y en su capacidad de inspirar ideas en otros.

Uno se dejaba llevar por ella de una vez durante horas, como si se deslizará por un río fresco y claro, cuyas orillas estuvieran decoradas con fincas magníficas y hermosas casas¹.

La conversación para Diderot era un fin en sí, algo hecho *pour le sport*, pero que devenía en filosofía. Como Platón, Diderot filosofó a través del diálogo. Sus más grandes obras —*El Sobrino de Rameau*, *Jacques el Fatalista*, *El Sueño de D'Alembert*— se preocupaban de problemas filosóficos poniéndolos en boca de interlocutores y debatiéndolos. Isaiah Berlin hace lo mismo usando un género afín, el ensayo. A diferencia de un tratado o una monografía, un ensayo, en el sentido que Berlin le da, ensaya un tema, lo prueba, lo examina mediante una exposición y objeciones, como se haría en el toma y da de la plática. Tales ensayos no demuestran tesis alguna. Exploran asuntos, de manera informal, juguetona a veces, y dejan que el lector saque sus propias conclusiones. En las manos de un maestro como, Berlin, ellos son conversación escrita.

1

*The Sense of Reality** es el séptimo y último tomo en la serie de ensayos de Berlin editados por Henry Hardy**. Sólo uno de los nueve incluidos en este volumen había sido publicado previamente —y eso fue en 1950. “Political Judgment”, una conferencia filosófica informal, fue difundida por la BBC en 1957 y tuvo que ser reconstruida a partir de notas y de una grabación de la transmisión radial. Los otros ensayos habían sido entregados aquí y allá según la lucidez de Berlin se mostró capaz de afrontar diferentes ocasiones —un coloquio en el centenario de la Primera Asociación Internacional de Trabajadores en la Universidad de Stanford en 1964, el centenario del nacimiento de Rabindranath Tagore conmemorado en Nueva Delhi en 1961, la celebración del bicentenario en la Universidad de Columbia en 1954.

Estuvieron esparcidos en diversos borradores y en cajones olvidados, por veinte, treinta, cuarenta años, hasta que Hardy los puso en orden y los envió a la imprenta. La serie, precedida por una antología de los más

¹ André Morellet, *Mémoires Inédits de l'Abbé Morellet* (1822), Vol. 1, p. 28.

* [N. del T.: Isaiah Berlin, *The Sense of Reality: Studies in Ideas and Their History* (1997). Versión en castellano, *El Sentido de la Realidad: Sobre las Ideas y su Historia* (1998).]

** [N. de T: Hasta ese momento. Con posterioridad han aparecido *The Roots of Romanticism* (Chatto & Windus, 1999), del cual hay versión castellana de Silvina Narí como *Las Raíces del Romanticismo* (Taurus, 2000), y *The First and the Last* (Granta, 1999).]

famosos ensayos de Berlin, publicada recientemente en Londres como *The Proper Study of Mankind*², pone al alcance de lectores muy lejanos a los comedores y salones de conferencias de Oxford una amplia recopilación de las ideas de Berlin sobre una extensa variedad de temas. Es un servicio a la civilización; y debe felicitar a Hardy pues ha hecho un trabajo magistral de edición. Sólo que el más reciente de los ensayos data de 1972. ¿Son piezas de museo, grabaciones de una voz del pasado y de ningún otro interés que el del coleccionista de antigüedades, aun cuando Oxford continúa siendo animado por la conversación de sobremesa de Berlin?

Ciertamente no, como cualquiera puede percatarse al dar un vistazo a los ensayos. Pero, ¿por qué estas piezas ocasionales, escritas hace tanto tiempo, tendrían validez aún hoy? Creo que parte de su fuerza tiene que ver con esa misteriosa característica conocida como la voz. Berlin se dirige a nosotros, sus lectores, sin un ápice de condescendencia. Nos involucra en la discusión y nos contagia su entusiasmo. Él ha estado en todas partes, ha conocido a todas las personas, ha leído todo. Puede decirnos cómo es hablar con Churchill, Roosevelt, Virginia Woolf y, lo mejor de todo, con Anna Akhmatova, en Leningrado en 1945, desde las nueve de la noche hasta las once de la mañana siguiente:

Hablamos sobre literatura y sobre la vida y sobre nuestros amigos antes de la revolución. Yo era el primer extranjero de Occidente en entrevistarse con ella desde 1917. Esto era en 1945. Ella dijo, “¿Está vivo Stravinsky? ¿Está viva su esposa?”. Hablamos acerca de todo, acerca de la vida, acerca del amor. Recitó sus poemas, su prosa, recitó a Byron, de lo cual no entendí ni una palabra —su conocimiento de la pronunciación del inglés era inexistente. En esa ocasión aprendí que las personas que leen a Esquilo sin saber cómo se pronuncia, aún así ganarán mucho con ello³.

El método de Berlin, si puede llamársele así, se aproxima a la noción alemana de *Hineinführung*: en vez de sobrecargar su argumento con análisis textuales y citas detalladas, procura adentrarse en la manera de pensar del otro, de capturar su textura y su tono tanto como su sentido general, y de traerlo a la vida por medio de un resumen bien intencionado. Berlin puede ser erudito, pero nunca académico. Sus ensayos están dirigidos al lector común. Habla con un vigor tan contagioso que nos toma y nos

² Isaiah Berlin. *The Proper Study of Mankind: An Anthology of Essays* (1997). [N. del T.: Hay en castellano una selección más modesta, *Antología de Ensayos* (Espasa-Calpe, 1995).]

³ Isaiah Berlin, “Jonathan Glover Spends an Afternoon in Conversation with Sir Isaiah Berlin”, p. 7.

lleva a un territorio que antes había parecido inaccesible. Se convierte en el guía de cualquier persona hacia cualquier tema incitante en la historia de las ideas, sea en la Atenas de Aristóteles, en la Florencia de Maquiavelo, en la Konisberg de Kant, o en la Petrogrado de antes de la revolución.

Berlin fue asimismo el hombre del Ministerio de Relaciones Exteriores británico en Washington durante la guerra. Sus informes semanales sobre el funcionamiento interno del gobierno norteamericano impresionaron tanto a Churchill que en la primavera de 1944 fue invitado a almorzar a la calle Downing número 10. Pero el almuerzo se convirtió en un notable fiasco, que ha proporcionado diversión a generaciones de oyentes cuando nuestro hombre en Oxford cuenta la historia:

No alcanzo a figurarme cómo Churchill pudo oír sobre mí. Imagino que Churchill probablemente le dijo a Eden, “El informe de Halifax fue muy interesante”. “¡Halifax!”, dijo Eden, que detestaba a Halifax. “Me han contado que lo escribió un asistente llamado Berlin”. Así pues, repentinamente, en la primavera de 1944, su esposa le dice, “Irving Berlin está en Londres, sé amable con él, porque ha hecho una contribución verdaderamente importante a una de nuestras instituciones de beneficencia”. Él le responde, “Si está en Londres, quiero que venga a almorzar, hay algo que quiero preguntarle”. Así Irving fue invitado a almorzar. Winston le pregunta, “Berlin, ¿cuál cree que es el trabajo más importante que nos haya entregado usted últimamente?” Irving responde, no sin titubear, “Blanca Navidad”⁴.

Este almuerzo tiene todos los ingredientes del estilo Berlin para narrar historias. Nos lleva al corazón de las cosas —al interior de la calle Downing número 10, la plática tras bastidores del primer ministro con el ministro de relaciones exteriores, la charla doméstica entre Churchill y su esposa— y con esto expone la comedia humana como ella es: cómica y humana, aunque también puede ser trágica, heroica, amarga y extraña.

Muchos narradores de anécdotas se las ingenian para contar un relato de manera de poder aparecer al final como héroes. Berlin, no. A menos que el estilo de sus escritos contradiga al hombre, él es auténticamente modesto y profundamente democrático. El efecto en el lector es reforzar la sensación de participar en una aventura común: nos dejamos llevar por el entusiasmo que Berlin tiene por aquello que nos presenta.

⁴ “Jonathan Glover Spends an Afternoon in Conversation with Sir Isaiah Berlin”, *New Colleges News*, 10, diciembre 1996, p. 8.

2

Aunque la retórica de Berlin aún hoy logra su magia, tuvo una particular misión que cumplir en los años cincuenta y sesenta. Berlin llegó a ser un héroe intelectual en Inglaterra a lo largo de la guerra fría. Nacido en el extranjero (en Riga en 1909, de una familia judía que se trasladó a Petrogrado a tiempo para que él fuese testigo de las primeras fases de la Revolución Rusa), pero criado en Inglaterra (en 1919 la familia se trasladó allí, siendo educado en el Colegio St. Paul y en Oxford), fue considerado como alguien capaz de enfrentar la doble amenaza que ensombrecía al continente, el fascismo y el comunismo.

No es que se hubiese alistado cual voluntario en la disputa ideológica. Por el contrario, participó en el nacimiento del estilo oxoniense de la filosofía analítica o del lenguaje ordinario. Hasta cierto punto, fue su parte-ro. J. L. Austin, A. J. Ayer y otros jóvenes catedráticos por primera vez debatieron el “significado del significado” en sus habitaciones del New College de Oxford durante los años treinta. Pero el director del New College, H. A. L. Fisher, convenció a Berlin de escribir un libro sobre Marx. Es el único libro publicado por Berlin que fue escrito como tal, en contraposición a las colecciones de ensayos; y para prepararse hizo una travesía por los filósofos de la Ilustración francesa y el idealismo alemán. Al final, se convirtió en historiador de las ideas.

Las ideas a las que se dedicó iban en muchas direcciones, pero procedían de una preocupación central, la cual definió en el más famoso de sus ensayos, “Two Concepts of Liberty”, su conferencia inaugural como Chichele Professor de Teoría Social y Política en Oxford en 1958. Berlin distinguió la “libertad negativa”, la capacidad de hacer lo que uno quiere sin la interferencia de otros, de la “libertad positiva”, que se presenta en dos variantes, cada una entrañando la obediencia a una ley autoimpuesta y cada una potencialmente peligrosa: por una parte, el repliegue a un mundo interior de conciencia y contemplación, lo cual conduce al inmovilismo político; por otra, el intento por estampar la voluntad de uno en la demás gente, a pesar de su heterogeneidad, abriendo el camino al totalitarismo.

De qué manera una postura filosófica tal podría producir semejantes consecuencias puede verse en los ensayos de *The Sense of Reality*. “Philosophy and Government Repression”, escrito en 1954, proporciona una vibrante defensa de la libertad de pensamiento, especialmente de la libertad negativa, o de “la existencia de un área mínima de libertad civil en la que un individuo puede pensar y hacer lo que quiera porque así lo quiere”. En contraste con esta actividad intelectual sin restricciones, Berlin nos pone

sobre aviso frente a variantes absolutas del racionalismo que construyen los filósofos para imponer orden a la experiencia, no importa cuánto ella se resista. Los filósofos edifican sistemas, pero también los derriban. Su propensión inherente a socavar la ortodoxia, incluso cuando ésta asume la forma de las más nobles utopías, da a la humanidad la mejor defensa posible contra la tiranía; para aquellos que plantean verdades últimas abre una senda para las “soluciones finales”. Berlin usa esta expresión tres veces en una página. Aunque rara vez se refiere al Holocausto, su intención es clara: la filosofía es peligrosa, pero asimismo necesaria, es el arma más segura que tenemos en la interminable lucha contra la opresión.

La naturaleza de este peligro es explorada en otros dos ensayos, “Kant as an Unfamiliar Source of Nationalism” (1972) y “The Romantic Revolution” (1960). ¿Cómo podría Kant, el más apacible, el más humano, el más ilustrado de los filósofos, haber encendido la llama de la pasión más destructiva en los dos últimos siglos? Berlin evita todas las líneas de causalidad simples y directas. Pero considera la filosofía de Kant —la ética de la *Crítica de la Razón Práctica* antes que la epistemología de la *Crítica de la Razón Pura*— como el gran “punto de inflexión” en la perspectiva moderna sobre el mundo. Es el comienzo de la *Innerlichkeit*, aquella inclinación germana a apartarse del mundo de los hechos para ingresar en un espacio interior del alma y allí forjar un nuevo ordenamiento del mundo por un acto de voluntad. Al insistir en la autonomía de la conciencia, Kant identifica la libertad con la voluntariedad, con la imposición de una ley moral sobre el obstinado reino de la carne. Suficientemente inocente en sus inicios, lo imperativo en este imperativo categórico se convirtió en un intento por enderezar “el fuste torcido de la humanidad”, para utilizar una de las frases favoritas de Berlin —que éste tomó prestada de Kant.

Los peligrosos pasos siguientes vinieron con Fichte, quien identificó la *Innerlichkeit* con el alma colectiva del pueblo y con Hegel, quien unió aquel principio al Estado y lo dejó suelto en la historia, marchando triunfalmente hacia el Tercer Reich. Este modelo parecerá conocido a los lectores de obras recientes como *The German Idea of Freedom* (1972) de Leonard Krieger, pero era novedoso cuando Berlin lo vislumbró, además que este último no atribuye todo a una lógica filosófica implícita en los acontecimientos. Insiste en la influencia de la Reforma y del Pietismo e invoca a menudo circunstancias concretas: la devastación de Alemania en la guerra de los Treinta Años y su humillación ante la supremacía de Francia desde Richelieu a Napoleón. Los filósofos dieron forma al peculiar tipo de nacionalismo alemán; no lo causaron.

¿Y el comunismo? Dos de los ensayos, “Socialism and Socialist Theories” (1950, revisado en 1966) y “Marxism and the International in the 19th Century” (1964), encuentran su inspiración en un estilo de pensamiento similar: el cientificismo, o el intento por encontrar algún punto de Arquímedes desde el cual la mente pueda comprender la racionalidad inherente a todos los fenómenos. En cuanto a eso, según Berlin, Marx continuó una línea de pensamiento derivada de la Ilustración extrema de Helvetius, Holbach y Condorcet. Pero Marx también compartió algunos elementos comunes con Kant y Fichte, ya que la insistencia de Kant en la autonomía moral del individuo y la idea de Fichte de la nación como una entidad moral colectiva abrieron el camino para que cualquiera “gran totalidad colectiva”, ya fuese una clase ya una nación, se convirtiese en agente de la razón y del esclarecimiento. Berlin pone de relieve el lado metafísico de Marx asociando su pensamiento con el monismo, la doctrina según la cual todo puede ser explicado por un único principio expresado en leyes susceptibles de ser descubiertas. Y ve terribles implicaciones en esa posición: una autorización para lo que él llama la “vivisección de las sociedades”, un cheque en blanco para que los ingenieros sociales empleen cantidades ilimitadas de sangre a fin de tallar y dar forma al material humano de cualquier manera que, según sus estimaciones, lo requiera la lógica de la historia.

La libertad positiva, por tanto, tiene consecuencias horriblemente negativas. El tratamiento de Berlin de los siglos dieciocho y diecinueve permite comprender las catástrofes mellizas del siglo veinte: fascismo y comunismo. También señala el valor de una tradición alternativa, el empirismo y el liberalismo. En lugar de Kant-Fichte-Hegel, el mundo anglo-norteamericano podría recurrir a su propia herencia, Locke-Hume-Mill. Su ensayo “Two Concepts of Liberty” desempeñó la misma función en Gran Bretaña después de la Segunda Guerra Mundial que el “On Liberty”, de Mill, después de las guerras napoleónicas. No sorprende que la Inglaterra de posguerra confriese honores a Berlin y lo pusiera sobre un pedestal. Pero los pedestales son incómodos. Proporcionan un ángulo perfecto para percibir los pies de barro. ¿Parece debilitarse la posición de Berlin cuando se mira desde una perspectiva posterior a la guerra fría?

3

La respuesta resueltamente es no. No es que Berlin alguna vez ocultase su compromiso con el liberalismo y su oposición a la tiranía comunista. Pero mostró demasiada simpatía por demasiadas escuelas de pensamiento

de lo que era apropiado para un vocero oficial en favor de los intereses de la OTAN durante la guerra fría. De hecho, Berlin construye su senda a través de la historia de las ideas mediante la reconstrucción empática de argumentos incompatibles, y a menudo sostiene el lado no liberal con tan buen resultado que puede desconcertar a algún complacido lector de centroizquierda o centroderecha. En cuanto al centro mismo, es difícil encontrarlo en el filosofar de Berlin, en donde los argumentos oscilan de un lado al otro con velocidad vertiginosa. La metáfora que Berlin prefiere es la de alternar el peso. Concluye “The Romantic Revolution” observando que la mayor parte de nosotros suscribe ideas y valores que hemos heredado de las dos principales fuentes de la modernidad: la Ilustración y el Romanticismo. Ambas se contradicen mutuamente en casi cada punto, y a duras penas logramos salir del paso: “la mayoría de los miembros civilizados de las sociedades occidentales mantienen actitudes que causan un malestar más lógico que moral: no sin dificultad alternamos uno y otro pie”.

La versión filosófica de este dilema es la famosa noción de Berlin del pluralismo —la idea según la cual albergamos valores recíprocamente incompatibles y de que los conflictos entre ellos no pueden ser resueltos recurriendo a alguna escala de patrones éticos o a alguna racionalidad inherente a la naturaleza de las cosas. La realidad, los hechos y las cosas existen —y Berlin no vacila en usar tales palabras—, pero nuestros intentos por darles sentido nos enredan en conflictos insalvables. La filosofía no ordena las cosas; las pone en cuestión.

La fuerza y originalidad de esta aproximación se puede apreciar muy bien en “Artistic Commitment” (inicio de los años sesenta), en mi opinión, el mejor ensayo de *The Sense of Reality*. Mediante resúmenes de escuelas de pensamiento opuestas —el arte como *engagement* en cuestiones sociales y políticas *versus* el arte por amor al arte—, escritos con admirable empatía, Berlin muestra de qué forma una importante preocupación de la Europa occidental llegó a intensificarse y transformarse en la Rusia del siglo diecinueve. Se detiene en Vassarion Belinsky, un crítico literario relativamente desconocido que ejerció una decisiva influencia en Turgenev y Tolstoi. En un pasaje característico y demostrando su talento para la cita eficaz, compendia la posición a la que Belinsky llegó hacia 1840:

La postura de Belinsky es cristalinamente clara: “No importa cuán hermosas sean las ideas en un poema, cuán poderosamente resuenen en su interior los problemas del momento, si carece de poesía no puede haber ningún pensamiento hermoso en él, ni tampoco problemas, y todo lo que uno puede decir sobre él es que es una buena intención mal ejecutada”. Esto es así porque el compromiso del

artista “debe estar no sólo en la cabeza, sino, sobre todo, en el corazón, en la sangre del escritor [...] Una idea [...] que no ha pasado a través de la propia naturaleza, que no ha recibido el sello de la personalidad de uno, está sentenciada a muerte no sólo para la poesía, sino para toda actividad literaria”. Pero no puede detenerse allí. Ya hemos mencionado su declaración en su ensayo de 1844 sobre Pushkin: “Todo hombre inteligente tiene el derecho a exigir que la poesía de un poeta les dé respuestas a las interrogantes de la época o al menos le inunde con el dolor de estas cuestiones graves e insolubles”. Esto es sólo un poco menos extremo que el conocido veredicto de 1845: “En nuestra época el arte no es un amo, sino un esclavo. Sirve intereses ajenos a él”. Aun cuando agrega que esto se aplica sólo a épocas “críticas” —la denominación saintsimoniana para períodos transicionales en que lo antiguo se ha vuelto intolerable, y está debilitado y condenado al fracaso, y en que lo nuevo no ha llegado todavía— es, no obstante, un auténtico *cri de coeur*. Ello es sólo una versión violenta de sus palabras en 1843: “nuestro tiempo añora convicciones, está atormentado por un hambre de verdad” y “nuestra época es todo cuestionamiento, todo indagación, todo búsqueda y anhelo de la verdad”.

Ésta es la primera y más mordaz formulación del intranquilo y, a veces, desesperado examen de conciencia que atormentó a la *intelligentsia* rusa de ahí en adelante.

Pero Berlin fija su puntería en un objetivo mayor: no sólo el debate en torno al cual giró buena parte de la historia literaria rusa, sino el realismo socialista y sus orígenes. Los apologistas decimonónicos del *engagement* se sintieron fuertemente atraídos por los elementos irreductiblemente estéticos del arte. Vivieron el conflicto de modo más apasionado que lo que en Francia lo hicieron Flaubert o Zola, y con su pasión crearon una literatura original, que volvió a entrar en la cultura occidental como una fuerza nueva y que permaneció en Rusia a pesar del leninismo y el estalinismo. De ahí el *Doctor Zhivago*.

Para un análisis conexo de cómo los asuntos estéticos penetran hasta los huesos, puede consultarse el ensayo que da título al libro, “The Sense of Reality” (1953), así como su complemento, “Political Judgment” (1957), publicado hace poco en las páginas de *The New York Review of Books*⁵. Aquí Berlin sostiene que debajo de los fenómenos corrientes de la vida pública, que dan grano al molino de los cientistas sociales, existe un “plano inferior” de la realidad, el cual es percibido mejor por los novelistas, los historiadores y los estadistas. Estos aliados inverosímiles tienen una cosa en

⁵ Isaiah Berlin, “Political Judgment” (1996).

común: el aprecio por lo particular, lo concreto y lo inefable. En la medida de sus posibilidades, trabajan con el tacto para situaciones sin precedentes. Saben cómo capturar la índole de un suceso y sentir la textura de una civilización. Por una especie de intuición (que no puede ser definida), capturan la raíz de la experiencia (que no puede ser reducida a reglas). Ellos funcionan estéticamente, con el *je ne sais quoi* de la vida.

Esto puede sonar a misticismo. Para Berlin, es la realidad. Insiste en que todos lo hemos experimentado; podemos reconocerlo cuando lo encontramos en la vida diaria y en las páginas de la gran literatura. Es una clase de conocimiento, pero no la clase que se manifiesta en proposiciones generales, porque se trata de un conocimiento que existe en el “plano de las costumbres semiarticuladas, de las conjeturas y formas de pensar no sometidas a examen, de las reacciones semi-instintivas, de los modelos de vida tan profundamente arraigados que no pueden percibirse en absoluto de forma consciente”.

Sospecho que éste es el Berlin que tiene más cosas que decir a los lectores de hoy. Su rechazo a las reglas coherentes, explicativas, ¿lo colocan del lado de los posmodernistas? Una vez más, la respuesta debe ser no. Berlin conoce demasiado bien el sufrimiento como para reducir la realidad a juegos lingüísticos. Lo que duele cuando el cáncer nos ataca es el cáncer, no el discurso sobre el cáncer, aun cuando pudiéramos darle al cáncer cualquier otro nombre. Los hechos son hechos, a pesar del hecho que ellos no puedan ser claramente distinguidos de la interpretación:

Estos enfoques y enfoques de enfoques [la perspectiva renacentista del mundo y la perspectiva ilustrada del Renacimiento] existen, y es tan ocioso preguntarse cuáles son verdaderos y cuáles falsos como lo es preguntarse cuál perspectiva de los Alpes es la verdadera y cuál la falsa. Pero hay un sentido en el que los “hechos”, lo que puede demostrarse mediante la evidencia, en contraste con las interpretaciones, teorías, hipótesis, perspectivas, deben permanecer invariables para todos esos enfoques cambiantes, pues de lo contrario no tendríamos verdad histórica alguna. Y por borrosa que pueda ser la frontera entre el hecho, por una parte, y las actitudes e interpretaciones, por otra, ésta, sin embargo, existe.

El sentido de la realidad de Berlin no conduce al relativismo, ya que él insiste en que las cosas “son como son” —tanto las malas como las buenas. La esclavitud es esclavitud; la libertad, libertad. Deplorémoslas o venerémoslas por lo que son. Pero una cosa no son: compatibles. Al negar la convergencia última de verdad, belleza y bondad; al insistir en la incommensurabilidad de todos los valores, sean positivos o negativos, Berlin

puede verse en situación de que se apropien de él los autoproclamados profetas del posmodernismo⁶. Pero Berlin no es hombre de “ismos”.

¿Es entonces un hombre de nuestros tiempos? Ensayos escritos hace ya cerca de medio siglo, probablemente no abunden en referencias a Lévi-Strauss, Foucault, Derrida, Ricoeur, Habermas, Bourdieu, Chomsky, Rorty, Goodman, Goffman, Canguilhème, Geertz, Kuhn, Barthes, Pocock, Kosselleck... La lista podría seguir y seguir, y ser revisada eternamente, según cuál sea el matiz del pensamiento contemporáneo que uno prefiera. Sería absurdo sostener que Berlin no podría haberse beneficiado de lo que otros maestros modernos hayan dicho sobre sus temas —el tratamiento de Juri Lotman de la semiótica de la vida diaria en la Rusia del siglo diecinueve, por ejemplo, o la versión de Mikhail Bakhtin del “plano inferior” de la experiencia.

Pero debemos estar agradecidos de lo que tenemos, del Berlin cuyas reflexiones cubren la mayor parte del siglo y cuyas obras completas llenan ya un anaquel; una voz del pasado que le habla al presente; un filósofo que da vida a las ideas; un historiador que sabe ponerse en el lugar de los otros; y un espíritu libre que se yergue, no sobre un pedestal, sino sobre sus propios pies y mantiene el equilibrio, si bien precariamente, alternando uno y otro pie.

REFERENCIAS BIBLIOGRÁFICAS

- Berlin, Isaiah. *The Sense of Reality: Studies in Ideas and Their History*. Editado por Henry Hardy, con introducción de Patrick Gardiner. Farrar, Straus y Giroux, 1997. [Versión en castellano, *El Sentido de la Realidad: Sobre las Ideas y su Historia*. Traducción de Pedro Cifuentes. Madrid: Ed. Taurus, 1998.]
- Berlin, Isaiah. *The Proper Study of Mankind: An Anthology of Essays*. Editado por Henry Hardy y Roger Hausheer. Chatto & Windus, 1997. [Hay en castellano una selección más modesta, *Antología de Ensayos*. Espasa-Calpe, 1995.]
- Berlin, Isaiah. “Political Judgment”. *The New York Review of Books*, 3 de octubre de 1996.
- Gray, John. *Isaiah Berlin*. Princeton University Press, 1996. [Hay versión castellana de Gustau Muñoz como *Isaiah Berlin*. Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 1996.]
- “Jonathan Glover Spends an Afternoon in Conversation with Sir Isaiah Berlin”. *New College News*, N° 10 (diciembre 1996).
- Morellet, André. *Mémoires Inédits de l'Abbé Morellet*, Vol. 1. París: Ladvoat, 1822. □

⁶ Véase John Gray, *Isaiah Berlin* (1996). [N. del T.: Hay versión castellana de Gustau Muñoz como *Isaiah Berlin* (Valencia: Institució Alfons el Magnànim, 1996).]